

LAS LIBERTADES ACADÉMICAS Y ALGUNOS MIEDOS DE LOS UNIVERSITARIOS

ÁNGEL RODRÍGUEZ KAUTH

Profesor Extraordinario Consulto de la Universidad Nacional de San Luis,
Argentina.

Introducción

Para este escrito partiré de un precepto o preconcepto generalizado en el imaginario social, el que opera a modo de prejuicio de tipo positivo, es el que en los espacios académicos impera la libertad y que -por ello- los universitarios son las personas laboralmente más libres de las que se pueda sospechar. Tal prejuicio positivo no es erróneo mientras se lo maneja en el plano del mundo de las ideas mas -en el mundo de lo real, que es en el cual nos movemos cotidianamente- es posible observar que el mismo es falso y esto obedece a la elemental lógica de que los universitarios, en especial los profesores, también son humanos y por eso ellos se encuentran atenazados por los mismos miedos o temores que el resto de los mortales. Y esto no sólo sucede con una amplia mayoría de docentes e investigadores universitarios que profesional e intelectualmente son personas mediocres¹ (Ingenieros, 1913) -al igual que lo que le ocurre al resto de la sociedad de la cual las universidades obtienen su fuerza laboral- sino que inclusive el fenómeno sucede con los más talentosos y notables. Esto contradice la creencia ampliamente generalizada, que asimismo es compartida y enfatizada por los prota-

gonistas académicos, acerca de la infrecuente libertad de palabra y de acción de la que gozan los científicos como individuos excepcionales. Pero ellos también sufren las consecuencias de temores -muchas veces racionales- de la oportunidad casi única en el mundo de poseer esas libertades en el trabajo.

La creencia de la existencia de la libertad en los espacios académicos, especialmente en las universidades, se remonta a la época en que se creó la Universidad de Bolonia, en el siglo XIV, cuando en 1317 se redactaron sus primeros estatutos. Ella es la institución pública de enseñanza superior más antigua del mundo y perdura en la actualidad. Las universidades eran el único ámbito en que se podía discutir libremente acerca de cuestiones tabú para la época, como el tema del dogma de la fe cristiana, celosamente guardada por quienes tenían la misión de convertirla en un discurso cerrado, hierofánico. Por eso es que la tradición les adjudicó a las universidades la posibilidad de que gozaban sus miembros -tanto profesores y alumnos- de pensar libremente, aunque esto no siempre haya sido la tónica generalizada ni tampoco ahora sea de tal modo.

Tal preconcepción surge necesariamente de que se parte del supuesto de que en las academias o universidades no pueden existir cortapisas a la expresión de las ideas, ya que si así fuera se estuviese en una contradicción flagrante con el propósito último de las instituciones que les dan cabida, que por su historia, tradición y objetivos están más allá de cualquier limitación al libre curso del pensamiento. Se supone que en estados políticos democráticos tal cosa debiera ser así y punto. Para el caso de los estados políticamente antidemocráticos o autoritarios ya la situación no es tal, y no es casual que cuando éstos son los que entran en vigencia una de las primeras instituciones que ve limitada su actividad laboral pensante es la universidad. Sobre el tema, históricamente, existen múltiples ejemplificaciones que avalan lo dicho; solamente en el siglo XX se tienen sobradas experiencias al respecto con el nazismo, el fascismo y el stalinismo, así como también con regímenes de menor trascendencia histórica por sus efectos globales, como ocurrió en Argentina en variadas oportunidades -y no sólo aquí bajo regímenes originariamente democráticos sino también en periodos de legalidad limitada- como en Perú, España, EE.UU., y otros etcéteras que podrían dar la vuelta al mundo, pero dejaremos al lector la libertad de poner el ejemplo que mejor le llegue a la mente en el recuerdo por su cercanía temporoespacial.

Esto tampoco es azaroso, en las universidades se tiene la costumbre de pensar y ese pensamiento muchas veces puede ser "feo", irreconciliable con la forma de un "no pensamiento" que tienen los déspotas de turno en cualquier sitio y tiempo y que ven en las universidades -y en los universitarios en particular- el germen de posibles revueltas y resistencias -muchas veces violentas- a su accionar no democrático y a los espurios intereses que los sostienen, los que generalmente se dan de patadas con el espíritu democrático y librepensante de los universitarios, tanto de los docentes como de los alumnos.

Pero éste no es el tema que me interesa desarrollar aquí, ya que el mismo está bastante trillado, sino que lo que me propongo es destacar cómo aun en espacios

democráticos y donde impera la más absoluta libertad de pensamiento, también los universitarios tienen temores -aunque de otra laya- pero miedos al fin que ponen limitaciones a sus posibilidades de desarrollar un pensamiento libre -y por consiguiente de su expresión- los que surgen debido a algunas de las causas que intentaré describir a continuación.

Los miedos académicos y científicos

No es solamente en los ámbitos gubernamentales, militares, populares o domésticos donde se testimonia el miedo. También se hace presente en los espacios académicos, de una manera inesperada, ya que se supone que tales lugares son espacios de creación y no de limitaciones a las posibilidades de desarrollo y crecimiento del conocimiento. Sin embargo, y sin remontarnos muy atrás en el tiempo -en dónde abundaron los ejemplos de tales limitaciones, no sólo externas, sino también



.....
• José Antonio Fuentes Romero, oficial de transporte.
.....

internas- de las cuáles únicamente expondremos dos tomadas casi al azar. La primera surgió -en un ámbito no muy académico, ya que no se produjo en algún sofisticado laboratorio de investigaciones- cuando a alguien, o a algunos, en los albores de la civilización se le ocurrió inventar la rueda como consecuencia del previo uso del rodillo. No es descabellado suponer que ante tal avance tecnológico, muchos conservadores de la región donde

se produjo el hallazgo hubiesen expresado que esto iba a provocar cambios tan desconcertantes y terribles en el futuro biológico de la humanidad como que los niños iban a nacer sin piernas porque ya no las necesitarían para trasladarse.

Dejando de lado las hipótesis humorísticas como la presentada -que no por eso han de ser menos valederas- debe anotarse que cuando Gutenberg inventó la imprenta, a la salida del Medioevo, produjo una ofuscada y fuerte reacción contraria -entre otros- por parte de los monjes que vivían en los conventos y cuyo único trabajo era el de ser copistas manuales de textos. Ellos no solamente por razones ideológicas, sino también previendo el futuro paro laboral en que se sumirían, se opusieron tenazmente a dicho invento y lo rechazaron por algún tiempo, hasta que observaron que podían tener otros espacios de inserción laboral. Lo mismo hicieron los monarcas reaccionarios de entonces -entre los que no se puede dejar de contar al papado Vaticano- que observaron con alarma que tal instrumento podía servir como mecanismo de "ilustración" del pueblo, a partir de la posibilidad de una educación masiva y popular y que esto sería peligroso para sus intereses, lo que realmente fue y la historia les dio la razón a sus inquietudes temerosas.

Ya con anterioridad el papado había vivido tiempos de temores por el sostenimiento de su reinado terrenal, dotado de poderes sobrenaturales. Ocurrió cuando en el siglo XV se vio afectado por una fuerte corriente de desprestigio como consecuencia de los escándalos cismáticos entre papas legítimos e ilegítimos. Durante una centuria la vieja institución eclesial, que también es una fuente de pensamientos, dogmáticos pero pensamientos al fin, estuvo acosada por el miedo a perder sus privilegios e influencias.

Más, en pleno siglo XX, un período de la historia reciente donde los avances han sido excepcionalmente espectaculares desde el punto de vista científico y tecnológico, también ha sido posible observar cómo los propios académicos, ya sea en forma individual o corporativa -esta última es la más frecuente, ya que les permite arrojar la piedra y esconder la mano para sumirse en el anonimato

siempre cómplice de fechorías que no es conveniente reconocer públicamente- han hecho uso y también abuso de algo que, aparentemente, está vedado en su ámbito laboral, la censura -por los temores a las consecuencias no previstas de los avances científicos- sobre los nuevos desarrollos y tecnologías de avanzada.

Dirigiéndonos al meollo de la cuestión, es posible afirmar que los universitarios y los científicos de la actualidad padecen miedos, que en más de una ocasión limitan su quehacer. Los mismos son producidos por el temor a, por ejemplo, no producir lo suficiente en cantidad y calidad tal como lo exige la institución en que están trabajando. El criterio de comparación con otros colegas los lleva a angustiarse más de lo necesario como para que la competencia -siempre existente- los conduzca a padecer un estado de persecución positivo que los induzca a producir más y mejor, sino que los lleva a una sensación de persecución negativa que los paraliza. En lugar de luchar se fugan del campo quedándose detenidos y sin producir.

Asimismo, los profesores universitarios temen perder los cargos que han obtenido -muchas veces con esfuerzo, mientras que algunos sólo con acomodo- como si los mismos se hubiesen ganado de una vez y para siempre. Esto los lleva frecuentemente a manejarse insolidariamente con sus colegas, ya sea escatimándoles datos bibliográficos o retaceando información de sus partes de avance en investigaciones que están realizando por miedo a que les sean copiados o "plagiados", aunque todo esto no sea más que un soberano disparate del pensar y sentir hacia aquellos otros con quienes no se tiene problemas en compartir una merienda o una reunión familiar. Pero el temor está y es lo que nos indica la cruel realidad que alguna vez deberá ser estudiada para provocar los cambios necesarios para que este tipo de situaciones no se produzcan. Aunque no se me escapa que tal propósito más que ser una utopía está cercana a ser una idiotez.

Este tipo de conductas conduce frecuentemente a los profesores de las universidades a mantener conductas hipócritas, en las que se hacen cosas que no se corresponden con lo que se piensa y siente, lo cual es un

soberano disparate intelectual que no es posible aceptar en el espacio académico, debido a que las mismas son propias de hombres mediocres que recurren a cualquier artilugio con tal de mantenerse aferrados de cualquier manera al sillón que se les ha prestado. Resulta inconcebible que esto suceda en dichos ámbitos recoletos en donde las posiciones hay que ascenderlas por capacidad y honestidad intelectual y no con malas artes. Pero esto -que no entra en el deber ser del universitario- es la cruel realidad en la que nos movemos en más de una ocasión. No se debe jamás permitir que existan, pero ellas son auspiciadas por autoridades también mediocres que se sostienen en sus posiciones jerárquicas auspiciando a quienes así se comportan, porque ellos también quieren atornillarse a los sillones de gobierno. Entonces es imposible esperar que tales autoridades hagan algo sensato como para terminar con tal estado de cosas.

Algo semejante es posible encontrarlo en el ámbito de la investigación, el cual los docentes-investigadores -o los investigadores "puros" que se mueven en los institutos- no investigan lo que quieren sí que lo hacen sobre lo que se les indica y de acuerdo a las pautas que se les señalan desde los laboratorios o de los organismos estatales con tal de mantener los jugosos subsidios que así reciben mientras cumplan con las pautas en vigencia que les permitirán tener un salario plus y realizar interesantes viajes de "estudio" para asistir a congresos en los más recónditos e inesperados lugares del planeta.

Otra de las situaciones que alarma a quienes transitamos los espacios universitarios es observar cómo los jóvenes estudiantes desde que se inician tienen miedo a enfrentar intelectualmente a sus profesores. Eso hace que sea más común de lo que se piensa que los alumnos también sean hipócritas y acepten pasiva y aquiescentemente los conocimientos que se les transmiten, aunque ellos sean un dislate intelectual o estén pasados de moda por conocimientos más actuales que se han aportado desde la ciencia respectiva. En mi experiencia, los alumnos para permitirse enfrentar a un profesor en una discusión acerca del estado del saber deben primero "tantear" a su docente para averiguar si es una persona íntegra que

no va a tomar represalias con ellos a la hora de medir los conocimientos adquiridos, vale decir, durante la prueba de fuego, que son los exámenes finales. En caso de no ser de tal manera prefieren callar y mantener un silencio cómplice con la mediocridad que se les impone. Éste no es el único miedo que tienen los estudiantes, también sienten miedo a la vergüenza que puedan pasar con una pregunta descomedida frente a sus compañeros, los cuales pueden ser objeto de chanzas y burlas por parte de aquellos que no han sabido comprender que al aula se concurre para aprender lo que no se sabe y, en consecuencia, es plausible que alguno de ellos "meta la pata" en más de una ocasión. Este temor de los alumnos hace que en las clases se pierda la dinámica que debieran tener y obliga a que el discurso que baja el profesor sea un monólogo en lugar de un diálogo fecundo en el cual la discusión saque al docente del esquema aburrido y soporífero en el que el profesor -en el peor de los casos- lee los apuntes que trae preparados o repite incansablemente las páginas del texto sobre el que asienta los conocimientos a impartir. Y en esta situación el docente se convierte en el lector de "un solo libro", en cuyo caso cae en la condición de ser un pésimo docente.

Como es fácil comprobar a través de algunos de los miedos que transitan por los espacios universitarios, no son precisamente los que facilitan una libertad plena en el ejercicio de la docencia y la investigación, por parte de quienes tienen la responsabilidad de ponerla en marcha para producir un producto de calidad suficiente como para que tenga sus neuronas siempre abiertas y que esté atento a enfrentar las vicisitudes cotidianas que le permitan ser un agente dinamizador del cambio social.

El miedo al conocimiento

Así como hemos visto en los párrafos anteriores los miedos de quienes producen el conocimiento a través de sus pequeñas intrigas académicas que reflejan la pequeñez intelectual y moral de quienes las actúan, a continuación veremos los temores que le tienen al conocimiento, por una parte los propios académicos y, por el otro lado, la

sociedad en general, es decir, aquellos que reciben ya envasado el conocimiento como obra de divulgación o en forma de bien -o de mal- a ser consumido por el público.

S. Freud, en una de sus Conferencias en la Clark University (1905) hizo referencia al miedo que despierta en la comunidad médica general el uso del psicoanálisis como instrumento terapéutico, diciendo textualmente que "Se teme causar un daño con el psicoanálisis y se siente miedo de atraer a la conciencia del enfermo los instintos sexuales reprimidos, como si ello trajese consigo el peligro de que dominasen en él a las aspiraciones éticas más elevadas y le despojases de sus conquistas culturales". Es decir, Freud se adelantaba a las críticas sobre los posibles efectos iatrogénicos de la terapia psicoanalítica que podrían producir modificaciones en el plano de la moral.² Más recientemente, ya en los finales del siglo XX se asiste -en mi caso con asombro y mucha vergüenza- a las argumentaciones pueriles que utilizan diferentes corporaciones de médicos y biólogos -los que

Inclusive, es de hacer notar que en algunos países se han llegado a prohibir los experimentos destinados a la clonación humana a través del dictado de una legislación especial al respecto. ¡Como si la ley pudiera impedir los inevitables avances de la ciencia! A lo sumo, la aplicación rigurosa de una ley represiva, rígida y reaccionaria, lo único que logra es retrasar el avance de dichos desarrollos, pero nada más que eso, nunca ha de poder limitarlos totalmente en el tiempo y el espacio, debido a que finalmente se superarán las dificultades e impedimentos impuestos desde la pacatería ideológica.

Es que el temor a lo novedoso, a todo lo original que pueda poner sobre un tembladeral a nuestros más ancestrales sistemas de creencias (Ortega y Gasset, 1959) hace que se reaccione de una forma inesperada por parte de aquellos que debieran estar a la vanguardia de los conocimientos. Pero esto no significa que se me escape que en más de una oportunidad los desarrollos científicos y tecnológicos han tenido consecuencias imprevistas y han causado mucho dolor y daño a la población, como puede ser con el uso de la energía atómica que trajo consigo las terribles matanzas sucesivas ocurridas en Japón con el lanzamiento de un par de bombas atómicas; o la polución de gases que invaden la atmósfera y que están provocando un recalentamiento de la misma con el perverso "efecto invernadero" que hoy tiene sobre ascuas al mundo entero.

Algo semejante ocurre también con los efectos no deseados por la producción de alimentos transgénicos, los que propician el engorde de animales destinados al consumo humano con productos que provocan algunas enfermedades en ellos, las que luego son transmitidas a los seres humanos, tal como ocurre con "el mal de las vacas locas" que, desde la última década del siglo XX, tiene "locos" a los países miembros de la Comunidad Europea; y muchos etcétera más que se podrían añadir. Pero todos estos efectos imprevistos son corregibles y perfectibles. Es verdad, cuando en Japón se produjeron las dos explosiones atómicas de 1945 como consecuencia del apuro de los estadounidenses por finalizar la Guerra en el Pacífico, entonces murieron centenares de millares



Adolfo Sánchez Rebolledo, editor

generalmente están auspiciados desde El Vaticano en sus argumentaciones- para limitar los experimentos en ingeniería biológica o genética y en los desarrollos sobre la clonación de seres humanos, todo esto bajo el pretexto de una bioética leída desde una óptica ideológica cerrada que pretende clausurar el avance del conocimiento en función de sus intereses.

de personas y millones de ellas sufrieron las consecuencias nefastas de la radiación atómica. Pero, sin dejar de atender a aquellas consecuencias genocidas, también es necesario pensar solamente unos instantes en todos los millones de seres que le debemos nuestras vidas al instrumental médico -sobre todo al desarrollado en el campo de la radiología-, que debemos agradecer estar vivos a los diagnósticos precoces y certeros que facilitaron una rápida terapia. Afortunadamente, los hombres -y en especial los dirigentes políticos- tuvieron el talento suficiente como para no reproducir aquellas experiencias "explosivas" de la época de la Segunda Guerra, aunque esto no signifique que no continúen asustando y atormentando al mundo entero con su posible utilización.

Ese es el momento en que debe intervenir oportunamente una legislación al respecto, esto es con el fin de rectificar los rumbos desacertados -o no deseados- que puede traer consigo lo novedoso que aporta la ciencia y con ella su secuaz en la aplicación de los conocimientos científicos, cual es la tecnología. Existe un viejo axioma jurídico que dice que es imposible legislar con un sentido anticipador, es decir, previendo las circunstancias nefastas que pudiesen ocurrir; siempre se legisla -y así se debe hacer- con un sentido retrospectivo, sobre la base de los hechos consumados. ¿A quién se le hubiera ocurrido en el siglo XVIII elaborar un Código de Navegación Aeronáutica? Sin dudas que esto hubiera sido descabellado de sólo pensarlo, únicamente pudo aparecer una regulación aeronáutica cuando la aeronavegación alcanzó desarrollos lo suficientemente notables como para plantear problemas de circulación aérea, de saturación de rutas, de soberanía y de territorialidad.

Por otra parte, si en la actualidad no aparece una correcta legislación internacional aplicable al uso indiscriminado de gases -como por ejemplo el anhídrido carbónico que lanzan al aire los vehículos con motores de explosión- no es porque ello sea imposible, sino simplemente porque existen intereses económicos que le ponen el palo en la rueda a tales posibles legislaciones, ya que

así se acabaría con los negocios de los empresarios del petróleo y de otros sectores de la industria.

En este punto vale preguntarse ¿por qué se demora tanto en explorar de manera intensiva la inofensiva energía eólica y también la energía solar? Y no es que se le tenga miedo a los conocimientos al respecto, sino que es



Olivia González Reyes, diseñadora gráfica

evidente que se trata de la presencia de fuertes y poderosos intereses económicos los que prefieren continuar con la contaminación ambiental, en lugar de recurrir a una energía alternativa que se produce en la naturaleza y que no es contaminante.³ Es por ello que los investigadores que trabajan en estos quehaceres de investigación reciben escaso apoyo para continuarlos -más allá de los reiterados discursos oficiales en contrario- y menores subsidios para trabajar en esas temáticas.

La culpa del "efecto invernadero" o el de "la vaca loca" no la tiene la ciencia ni la teología, solamente la tiene la estructura imperiocapitalista (Rodríguez Kauth, 1994) que impide que sean afectados sus pingues negociados, aunque con ello se provoque un desmejoramiento general de la calidad de vida de las poblaciones, incluyendo la de los países de la centralidad, que es desde donde opera y tiene sus bases el imperiocapitalismo, pero que prefieren no atender el problema en la actualidad y pasárselo a las próximas generaciones. Entre tanto, se continúa, a través del uso y abuso de los medios de comunicación masiva, transmitiéndole miedo a la población sobre lo original,

acerca de aquello que es novedoso, en lugar de transmitir la necesidad de establecer técnicas de lucha para oponerse a las prácticas perversas que implican aquellas operaciones y no necesariamente temerle al desarrollo del conocimiento; él no es el enemigo de los pueblos, al contrario, el desarrollo del conocimiento es el único que puede favorecerlos y protegerlos en el combate contra el enemigo común que, en la contemporaneidad, está representado por el imperiocapitalismo globalizado.

Tomemos un ejemplo ¿qué es lo que ha sucedido con la enfermedad de las vacas locas o -dicho en términos académicos de alto nivel científico- la encefalopatía espongiiforme bovina? Si se pesquiza histórica y socialmente cómo se ha ido produciendo el consumo de carnes, tanto de las rojas como de las carnes blancas, se observará que dicho consumo normalmente -en principios de la modernidad en los centros urbanos- fue casi de uso exclusivo de los sectores más acomodados de la población, de la aristocracia y la pequeña burguesía. El proletariado se alimentaba con hortalizas, legumbres, tubérculos y, esporádicamente -quizás para las festividades- recurrían a la carne. Pero los precios de los productos cárnicos han disminuido proporcionalmente y, en la actualidad, se ha convertido en un alimento de consumo habitual para los sectores del proletario que aún no se han visto afectados por el fantasma de la desocupación, de la pobreza y la indigencia. Más, vale la pena observar que se han invertido las pautas del consumo alimenticio según el criterio estratificacional; por una cuestión de moda, apoyada en criterios de consumo *light* (Rodríguez Kauth, 1999), la que está íntimamente relacionada con aspectos estéticos -pero que intenta justificarse en una base con criterios médicos pretendidamente científicos- los sectores acomodados han dejado de consumir carnes en la proporción en que lo hacían antaño, especialmente de las carnes rojas, ya que se aduce que las mismas provocan un aumento sustancial del colesterol que es dañino para la circulación sanguínea. Pero ellos no son la mayoría de la población. Ahora bien, si se considera que existe un mayor número de consumidores carnívoros, entonces se comprenderá que los productores de carne estén obligados

a producir mayores cantidades de la misma, aunque para eso tengan que dejar de lado los criterios de evaluación de calidad del producto. De tal suerte, con la ayuda de las modernas técnicas de crianza y engorde han convertido a animales que siempre han sido herbívoros en carnívoros y hasta en caníbales de su misma especie.

Así fue como la moderna tecnología en alimentos advirtió que convenía a los intereses económicos de sus mandantes, para la alimentación de los animales de "engorde", que se utilizara lo que se conoce como "alimentos balanceados", vale decir, una combinación de la comida habitual de los vacunos unida a los deshechos de otros vacunos sacrificados en el matadero; pero que no tienen valor económico alguno, o el mismo es muy escaso, como suelen ser las vísceras, los huesos, etcétera, los que previamente han sido esterilizados y mezclados -por un proceso de trituración- con el alimento vegetal habitual. De esta manera se obtienen animales de mayor peso y más velozmente que de la manera tradicional. Y esto trajo sus consecuencias nefastas en la salud de los animales luego de varios años de haberlos hecho caníbales sin su consentimiento; ahora presentan una enfermedad semejante a las de algunas tribus caníbales del Pacífico Sur y del África Central, por la cual ven afectado su sistema neurológico lo que les hace perder estabilidad, teniendo un movimiento bamboleante y, con ello, hasta la pérdida de peso que era lo que se quería evitar para lograr su contrapartida.

Todo esto ha planteado no solamente un problema económico a los productores de carne, ya que en Europa desde la aparición del síntoma se consume una cantidad considerablemente menor de cárnicos bovinos por el temor de la población a contraer la fatídica enfermedad⁴; si no que también ha provocado un serio cuestionamiento ético sobre la base de la manipulación transgénica que se hace con los animales y, en la actualidad, se realizan ingentes esfuerzos por erradicar la enfermedad retornando al consumo de la pastura o del pienso "normal" -de base vegetal- en los animales, tanto bovinos, ovinos, porcinos como de aves de corral y caprinos.

Sobre los avances de la tecnología en producción animal se han lanzado como aves de rapiña diversos grupos autodefinidos como “progresistas”, los que le



Renward García Medrano, editor

44

adjudican intenciones casi diabólicas a aquellas tecnologías, para ello se han enancado en sus argumentaciones sobre los temores de la gente común y corriente. Pero eso es un craso error, la culpa no la tiene el chancho -en este caso la vaca loca- sino el que le da de comer. Y es que el mundo está inmerso en la vorágine de la ganancia inmediata, a corto plazo y, en consecuencia, ha entrado en la variante -para el caso que nos ocupa- de un modelo “loco” en la producción ganadera. No se trata de producir más alimentos para que les puedan consumir los pueblos hambreados de Africa, Asia o América Latina, sino que se trata de producir mucha cantidad de alimento a bajo costo, para poder venderla barato a quienes aún son consumidores del producto en los grandes centros comerciales de la metrópoli. Pero, como se ve, existe una constante perversa: vender, sin importar la calidad de lo vendido. Es decir, la puesta en marcha del modelo capitalista, en este caso en la producción de bienes ganaderos.

Pero, como en el mundo no pueden dejar de haber fantasmas que acechen la tranquilidad de las personas, desde el año 2005 se vive con el miedo a la gripe aviar. Es decir, un nuevo temor ha venido a meter su cola en la historia de la intranquilidad.

Pero de esto -como de los múltiples ejemplos que se pueden aportar⁵ como los de la industria automotriz- no tiene la culpa la ciencia ni la tienen los tecnólogos, sino que la responsabilidad recae nuevamente en una industria, como es en este caso la automotriz, que pretende vender cada día vehículos más veloces porque estiman que ésa es la demanda de los consumidores que fueron impelidos a sentir el deseo frenético por la velocidad, a partir de una publicidad enfermiza que hace de la rapidez lo que le da sentido a vida: todo lo que se desee se debe lograr rápidamente, sin importar los medios que se utilicen para tal objetivo. “Lo quiero todo, ya”, es una frase que sintetiza fielmente lo que venimos desarrollando.

Otro tanto puede afirmarse sobre el uso de las computadoras, sin dudas que la aceleración de las comunicaciones se ha visto facilitada mediante su utilización, como así también el de las operaciones de todo tipo que se puedan imaginar, pero por el camino -desde su llegada al mercado- ha quedado un tendal de desocupados que fueron reemplazados por máquinas, incluyendo a los robots. Y nada que añadir cuando una computadora se infecta por las travesuras de un “pirata informático” y pierde los datos que sirven para pagar los salarios de millares de trabajadores, o afecta la base informática para realizar una operación quirúrgica que está en ejecución, etcétera, etcétera. En estos casos no se puede atribuir alegremente culpabilidad ni a la ciencia ni a la tecnología, sino que -aunque en esto sea reiterativo- el único responsable es el modelo político económico vigente.

Más en el orden de estos dislates intelectuales, debemos traer a colación que las mismas no son patrimonio exclusivo del capitalismo, baste recordar que en los finales de la década de los años 40, el dictador soviético J. Stalin prohibió la investigación agraria con híbridos -que por entonces estaba en pañales- ¡porque los mismos se oponían a los presupuestos “científicos” que habían señalado hacía casi una centuria los grandes patriarcas comunistas C. Marx y F. Engels (Engels, 1871)! Y esta reacción del “gran padrecito” trajo miedo, mucho

temor, entre los investigadores, científicos y docentes universitarios soviéticos, si es que se puede hablar de una sobrecarga de miedos que se acumulaban luego de cada "purga" ordenada por el sanguinario dictador que por entonces gobernaba con mano de hierro a la Unión Soviética.

Es decir, no se puede dejar de recordar que todos los modelos políticos tienen sus fallas, por lo que es preciso que la población de a pie, la del llano, sea capaz de intervenir, de manera directa o indirecta, con acciones que permitan rápidamente rectificar los rumbos no deseados y perjudiciales de la ciencia y la tecnología para el sostenimiento de la calidad de vida, a la vez que aprovechar los nuevos conocimientos en beneficio de la humanidad toda.

Del mismo modo, la explosión de conocimientos que ha producido el descubrimiento y la lectura del genoma humano, aún sin saber todavía mucho sobre la naturaleza de esos genes y de sus posibles interacciones, el patrón de actividad de cada uno de ellos ofrecerá el

Luego de esta larga perorata, creo que es hora de afirmar taxativamente que tenerle miedo a los avances científicos es un disparate propio de enanos mentales. En todo caso lo que se debiera hacer es mantener un control más efectivo y responsable sobre las aplicaciones de la tecnología que son aprovechadas sobre esos conocimientos, con el propósito de evitar que se causen daños no deseados para la mayoría de la población mundial.

Con la lectura reciente de lo que se ha dado en llamar "El Libro de la Vida" o también "El Manual de Instrucciones" para entender la constitución del ser humano, es decir, del mapa del genoma humano, entiendo que se ha logrado uno de los progresos científicos más notables de la historia de la ciencia. Sin embargo, inmediatamente que fueron dados a conocer sus primeros hallazgos, no faltó el sonido de las voces agoreras, surgidas del seno de la propia comunidad científica, que anticipaban que la divulgación de estos datos pondría en peligro la condición laboral de aquellos trabajadores que tengan en su mapa vital alguna enfermedad incurable. Esto parece cosa no de "vacas locas", sino de "científicos locos". ¿No era que gracias a tal descubrimiento se podría bloquear el avance de las enfermedades de transmisión genética? Entonces, ¿en dónde está depositado el miedo? Son las mismas voces que nos dicen -y con ello pretenden asustarnos- aduciendo que fumar provoca cáncer (Rodríguez Kauth, 1995) y, sin embargo, ahora sabemos que las más altas probabilidades de contraer la temida enfermedad ya están inscritas en nuestro organismo. Da la impresión que a algunos científicos -o los que se dicen tales- les asusta el progreso, temen a lo novedoso. Con la lectura del mapa genético temen perder -al igual que los monjes cuando se inventó la imprenta- su trabajo en la práctica médica. Pero se olvidan que con estos hallazgos la medicina va a cambiar radicalmente su perspectiva de trabajo, va a dejar de ser "curadora" y lo va a reemplazar por el de reparadora de los daños que traiga el organismo desde su gestación; aunque a los "sanadores", siempre les quedará el espacio de atención a los accidentados, los cuales no



.....
 Daniel Fuentes Romero, auxiliar de intendencia

diagnóstico más preciso que haya existido jamás sobre cada enfermo concreto. Y, también en muchos casos, les permitirá a los profesionales médicos que posean la información genómica de su paciente, predecir una posible enfermedad muchísimo antes de que pueda sospechar su riesgo.

traen inscripción genética alguna que informe acerca de que van a perder una pierna cortando el césped de su jardín con una máquina eléctrica, o con una vieja hoz, pero sin el martillo que sirva para matar a las hormigas, ya que una práctica de tal tipo traerá malos recuerdos en la evocación de los anticomunistas ultramontanos supervivientes aún.

Uno de los serios y graves peligros que se corren por el uso indiscriminado de la información genética radica en otros aspectos. El enorme incremento en la capacidad de predicción médica,⁶ que suponen los datos que se presentaron públicamente han llevado a las élites de la genética mundial a aconsejar a los gobiernos que promuevan la legislación necesaria para impedir la temida discriminación social -tanto laboral como económica- basada en la nueva tecnología que se pondrá en marcha. Esto se da particularmente con la intención de impedir que las empresas aseguradoras caigan en la tentación, siempre presente en la voracidad capitalista, de personalizar los costos de los seguros ya sean de salud, de vida, de pensión, etcétera, de acuerdo a cuáles fuesen los niveles de riesgo genético del cliente que lo solicite. Aquí es donde debe intervenir una legislación prudente que actúe con el fin de contrarrestar las tentaciones de las compañías aseguradoras de personalizar las primas de riesgo en términos de los estudios que se le hagan al mapa genético del asegurado para, en función de ello y en caso de aparecer en el mismo alguna enfermedad hereditaria, aumentar el costo de la prima del seguro o, directamente, no asegurarlo si es un cliente muy riesgoso, el cual provocará gastos mayores a los estimados. Esperar más tiempo es -en este caso- imprudente, ya que cuando los tests de diagnóstico genético estén a la venta pública, será muy difícil enfrentar la presión de las aseguradoras -a través de los lobbys, siempre alertas en los ámbitos parlamentarios- para frenar una legislación restrictiva a sus intereses.

Los gobiernos también deberán enfrentarse al creciente reto de incluir estas técnicas diagnósticas en las prestaciones gratuitas de sus países, debido a

que podría surgir el temor a lo discriminatorio de que solamente pudieran acceder a las modernas terapias quienes pudieran pagar costos elevados. En este lugar es preciso recordar la figura de N. Maquiavelo (1513) -quien en esto recuerda al Dante- cuando señaló que "no se sabe lo que no se conoce" y, para él, hacer política



••• Ruben Molina Montiel, vigilante

es prever las consecuencias futuras de los actos que se comprometen cuando son puestos en marcha. Asimismo, para poder prever con alguna certeza, es preciso recordar los aciertos y errores en que se ha incurrido en el pasado, sea este cercano o lejano. Sin embargo, para Maquiavelo la historia no es condenatoria, en el sentido de ser repetitiva de sí misma, sino que -por el contrario- representa una disciplina que se abre como un abanico de nuevas aperturas dirigida hacia horizontes creativos y originales.

De cualquier manera, para el avance del quehacer de la ciencia, la publicación de los informes de la secuencia de las bases químicas que componen el ADN, les abre las puertas para mayores desarrollos en beneficio de la salud -humana, animal y vegetal- ya que curar enfermedades que transporten consigo un componente genético hereditario, como por ejemplo el cáncer o la diabetes, estará cercana; como resultado de si se llega a entender el funcionamiento de la maquinaria del cuerpo, entonces las consecuencias de sus posibles fallas serán menos temible ya que será más fácil su reparación.

Antes de abandonar el campo de trabajo de los científicos, y por consiguiente de esta nota, resulta interesante recordar que ellos suelen tener fama, entre la población no perteneciente a la casta privilegiada de los sabios, que éstos son personajes extraños, exóticos, con conductas que -en general- suelen salirse de lo habitual, precisamente por su afán de innovar de modo permanente. Pero de lo que no están exentos los científicos es de sufrir miedos individuales, ya se llamen ansiedades o alcancen los extremos de los ataques de pánico. Al respecto, es interesante recordar que uno de los sabios que advirtió sobre las transformaciones de la cadena biológica, C. Darwin (1882), sufría de miedos irracionales que él mismo reconocía como tales. Darwin era un depresivo y esta sintomatología suele venir asociada con ansiedad y miedo que, en el caso de él llegaba a la agorafobia, síntoma que le hizo decir "Ya no puedo salir, todo me cansa, hasta contemplar el paisaje [...] Lo tengo todo para estar feliz y contento, pero la vida se ha hecho para mí muy penosa".

Y si de miedos se habla entre los científicos, nada mejor que recordar la figura del Premio Nobel de Economía 1994, John Nash, una figura que todos conocemos por la magistral interpretación de su biografía que fue llevada al cine y en la cual puede verse a un esquizofrénico paranoide que vive atenazado a los temores persecutorios que le provocan sus hallazgos en el campo de las matemáticas complejas.

Notas

- 1 En donde ingresa, como en botica, de todo. Es decir, gente excepcional, gente mediocre y hasta de pésimos recursos intelectuales.
- 2 Que por entonces se confundía con la mojígatería y la pacatería hipócritas.
- 3 Casualmente puedo relatar una experiencia personal: hace más de 20 años que tengo en mi domicilio un calefón solar y muchos amigos todavía me preguntan si funciona bien; ellos prefieren pagar enormes cuentas de gas en lugar de meterse en algo novedoso.
- 4 Nuevamente la presencia del miedo.
- 5 Por ejemplo la aparición en el mercado de los automóviles, que trajeron velocidad en las comunicaciones terrestres y en el acortamiento de las distancias, pero también vinieron acompañadas de accidentes

viales que dejan tantos muertos y lisiados anualmente como los infartos cardíacos y el cáncer sumados.

- 6 ¿Quién está más expuesto a una enfermedad? ¿Cuándo es más posible que se manifieste?

Bibliografía

- DARWIN, C.: (1882) *Autobiografía*. Alianza, Madrid, 1993.
- ENGELS, F.: (1871) *Dialéctica de la naturaleza*. Cartago, Bs. Aires, 1957.
- FREUD, S.: (1905) *Cinco Conferencias Pronunciadas en la Clark University*. Amorrortu, Bs. Aires, 1992.
- INGENIEROS, J.: (1913) *El Hombre Mediocre*. Mar Océano, Bs. Aires, Vol. 7, O. C., 1962.
- MAQUIAVELO, N.: (1513) *El Príncipe*. Alianza, Madrid, 1992.
- ORTEGA Y GASSET, J.: (1959) *Ideas y Creencias*. Espasa-Calpe, Madrid.
- RODRIGUEZ KAUTH, A.: (1994) *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. C. E. A. L., Bs. Aires.
- RODRIGUEZ KAUTH, A.: (1995) "¿Prohibido Fumar?". *Rev. Ni Hablar*, Madrid, N° 10.
- RODRIGUEZ KAUTH, A.: (1999) "Los medios de comunicación y el cuidado del cuerpo". *Rev. Interacción*, Bogotá, N° 20.